

Susie Steiner

La desaparición de Edith Hind

Traducción del inglés
de Miguel Ros González

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Para John y Deb

*Al final de toda nuestra búsqueda
llegaremos donde comenzamos.*

Little Gidding, T. S. ELIOT

17 de diciembre de 2010

Sábado

Manon

Siente mermar la esperanza, como las tenues luces navideñas de Pound Saver. Manon se dice que debe concentrarse en el hombre que tiene sentado delante, que se llama Brian, pero bien podría llamarse Keith, y que al cruzar las piernas le ha dado una patada en la espinilla, justo donde el hueso está más cerca de la piel. Se inclina ligeramente para frotarse, pero él no se percata.

«Sensible», decía su perfil, además de destacar su interés por los aviones militares. Ahora se pregunta en qué demonios estaría pensando cuando decidió quedar con él, pero es que la compatibilidad ya no le dice nada: su última cita, con un urbanista, daba un setenta y ocho por ciento —Manon albergaba esperanzas, al tipo incluso le gustaba Thomas Hardy—, pero se pasó la velada estremeciéndose con discreción cada vez que la baba del hombre aterrizaba, con insólita frecuencia, en su cara.

Dos años de citas por internet. No puede decirse, en honor a la verdad, que hayan pasado volando.

El tipo ha girado la cara, y el reflejo de la luz revela las huellas de los pulgares en el cristal de las gafas: huevos violeta petróleo, la espiral ovalada que sueñan con encontrar en la escena de un crimen. El hombre habla de su trabajo en el Centro Fluvial mientras ella da las gracias con la mirada al camarero, que rellena sus copas de vino. Su copa, mejor dicho, pues él no bebe.

Ha soportado, huelga decirlo, situaciones mucho peores: como cuando viajó a Londres ex profeso. «Tienes que ser amplia de miras —insistía Bri—. No sabes dónde puede aparecer el hombre de tus sueños». Era alto y enjuto, e iba encorvado como el director de una funeraria mientras subían por las escaleras mecánicas de la Tate Modern, al más puro estilo Uriah Heep. A Manon aquellas escaleras se le hicieron eternas, y en cuanto acabaron se giró sin mediar palabra y bajó por las mismas, dejándolo allí arriba, mirándola

fijamente. Se subió al primer tren que salía de King's Cross rumbo a Huntingdon como si huyese del hedor de la carne putrefacta. Todos los agentes de la Unidad de Crímenes Graves conocían ese olor, cómo se te adhería a la ropa.

Este, piensa Manon mirándolo, se llame como se llame, Darren o Barry, no es macabro, sino anodino. Está hablando de tritones, lo ha escuchado de refilón. Ahora el tipo levanta las cejas («¡carritos de la compra!»), y ella supone que está haciendo un comentario irónico sobre lo habitual que es encontrárselos tirados en un río. Tiene que decir algo, sí o sí.

—Ya solo queda una semana para Navidad —comenta—. ¿Qué vas a hacer?

A él parece irritarlo que se haya desviado de la deriva de sus ríos.

—Mi hermano vive en Norwich —dice—. Voy a su casa. Con sus hijos. —Por un instante parece contrariado, y eso hace que le guste un pelín más.

—La Navidad es una fecha particular. Cuando estás solo, me refiero.

—Col y yo nos lo pasamos de fábula cuando empiezan a caer latas de cerveza. Hacemos un dúo de aúpa.

A lo mejor se llama Terry, se dice, triste. Ya es demasiado tarde para preguntar.

—¿Pedimos la cuenta?

Él ni siquiera le ha preguntado cómo se llama, a diferencia de la mayoría de los hombres («Manon, qué nombre más curioso, ¿es galés?»), pero es un alivio, en cierto sentido, que siga a lo suyo, parlotando sin parar.

El camarero trae la cuenta, ligeramente enroscada, en un platito blanco con dos caramelos mentolados.

—¿Vamos a medias? —pregunta Manon, dejando su tarjeta en el platito. Él saborea el caramelo, con los ojos clavados en la cuenta.

—A ver, la verdad es que yo no he tomado vino —apunta él—. Mira. —Le señala lo que ha pedido ella: una jarrita de tinto y una ensalada pequeña.

—Sí, claro, vale —responde ella, mientras el hombre saca el móvil y empieza a sumar.

Las ventanas están empañadas y Manon observa el halo borroso de las luces navideñas de Huntingdon. Le espera una fría caminata de vuelta a casa, dejando atrás las persianas bajadas de las tiendas de Main Street y el triste olor a cerveza que sale de Cromwell's, rumbo al río, con su aroma verde y refrescante y su movimiento sinuoso

en la oscuridad, hasta llegar a su piso, donde ha dejado todas las luces encendidas.

—Lo tuyo son veintitrés con ochenta y cinco libras. Lo mío solo once —dice—. ¿Quieres comprobarlo?

Es medianoche y Manon está sentada en el alféizar interior de la ventana con las rodillas recogidas, observando la calle nevada e iluminada por las farolas naranjas. Los copos de nieve caen despacio, planeando, ligerísimos. La corriente de aire gélido que entra a través de la ventana de guillotina le hace apretar las rodillas contra el pecho mientras lo observa (¿Alan? ¿Bernard?) doblar la esquina de su calle y desaparecer.

Cuando está segura de que se ha marchado, va apagando todas las luces del salón. Al hombre, la verdad sea dicha, le sorprendió su piso («Guau, ¿vives aquí?»), aunque su interés fue efímero y no tardó en retomar el monólogo. Quizá, ahora cae en la cuenta, se acostó con él para que se callase.

Las paredes del salón son de color azul de Prusia. El mueble de la televisión, en madera de nogal, es de los años cincuenta, marca G-Plan. Su sofá es de diseño curvado, de pana marrón, y a cada lado hay un sillón de orejas de terciopelo verde oliva. Junto a uno de ellos hay una lámpara de pie amarilla con la pantalla abovedada, de los años setenta, que acaba de desenchufar porque el interruptor está roto. La decoración es un homenaje al estilo de mediados de siglo XX, como un plató bien montado. El escenario para una comedia posirónica ambientada en Alemania del Este, o para *Abigail's Party*; un lugar rebosante de estilo carismático y buen gusto, por obra y gracia de los anteriores dueños del piso. Manon compró el lote completo —muebles, lámparas y todo lo demás— con la casa, a una pareja que se iba al extranjero «a empezar de cero». Al menos eso fue lo que dijo el hombre. «Queremos un cambio, ¿entiendes?». A lo cual Manon respondió: «Un cambio radical. Me lo quedo todo». La novia miró a su alrededor, conteniendo a duras penas las lágrimas, y le contó a Manon cómo había ido coleccionándolo todo, con mucho mimo, por eBay. «Pero hay que empezar de cero», dijo.

Manon se dirige a la habitación, que en el momento de la venta era aún más impactante: paredes azul oscuro con tarima y persianas pintadas de blanco, y un montón de armarios blancos sin pomo, casi invisibles: había que imitar a Marcel Marceau para descubrir los puntos de presión y abrirlos.

Los antiguos propietarios tenían un colchón minimalista en el suelo y un edredón blanco andrajoso. Sin embargo, desde la llegada de Manon, la habitación ha perdido buena parte de su encanto: hay libros apilados junto a la cama, cubiertos de polvo; un vaso de agua empañado; cables por todo el suelo, que van de su radio de policía al enchufe, y entre ellos pelusa gris y pelos largos, enroscados como ADN. Su heterogénea colección de zapatos hace que abrir los armarios sea aún más peliagudo. Aparta de una patada unos pantalones que hay en el suelo, enmarañados como un cruasán, se quita la bata (cien por cien poliéster, evitar las llamas y las fuentes de calor) y busca, bajo las sábanas en las que se ha tumbado a la buena de Dios, su camisón de franela.

De cerca, el hombre tenía un olor mohoso y un tanto dulzón. Pero, sobre todo, ajeno. ¿Acaso había intentado acercarlo a ella, alejarlo del mundo de los desconocidos? ¿Quería ponerlo a prueba? ¿O descubrirlo a través del olfato, como si la intimidad pudiese transformarlo en alguien menos ordinario? La gente que la conoce —principalmente Bryony— no ve con buenos ojos su «inmadurez» emocional, pero es innegable que las personas son distintas de cerca. Descubres más cosas con el olfato y el tacto que en una conversación sobre tritones o carritos de la compra. Manon da rienda suelta a su yo mamífero, usando sus sentidos para elegir pareja. Ha leído en algún sitio que el olfato es la forma más eficaz de escoger entre el acervo genético para garantizar el mejor sistema inmunitario a nuestra descendencia. ¡Así que se los lleva a la cama en la primera cita! Es una científica vanguardista del apareamiento.

En sus momentos más lúgubres —y ahora mismo los siente acercarse—, se pregunta si no estará limitándose a llenar un silencio incómodo en la conversación. En lugar del espantoso arrastrar de pies y el «bueno, ha estado bien, pero lo mejor es que lo dejemos aquí», fuerza la situación hasta provocar la crisis. Es como atropellarse a uno mismo para evitar un apretón de manos.

En el baño, coge el cepillo, le pone un buen pegote de pasta y se mira al espejo mientras se lava los dientes. Ahí está el fallo de su argumento: el sexo era un reflejo de la conversación de la velada: muchos tritones y carritos de la compra y absolutamente ninguna cascada tumultuosa; ni siquiera un mero arroyo susurrante, por seguir con el símil fluvial.

Observa los muelles rizados de su pelo, tirabuzones que suben y bajan, castaños en su mayoría, y uno rubio que destaca cual hélice de pasta juguetona (un escupitajo de espuma), rebelde y enérgico,

como si fuera una chiquilla en un parque, discordante (otro escupitajo) ahora que está a punto de cumplir cuarenta años. Siente que se desliza hacia esa fase invisible (gárgaras) de la feminidad, dejando a un lado los carricoches y los carritos de la compra con silla para niños. Se ve arrastrada hacia las prendas más holgadas de Clarks, ha empezado a dolerle la rodilla y la afecta descubrir que cortarse las uñas de los pies la cansa un poco. Se pregunta qué otras humillaciones le deparará la edad, y cuánto tardarán. Hace unos siglos estaría muerta, tras haber dado a luz a ocho criaturas a los veinticinco años. La naturaleza no sabe qué hacer con una mujer sin hijos de treinta y nueve años, salvo pasarle la pelota de la curva de la fertilidad: achaques y dolores combinados con tiempo extra, como el aterrador final de un partido de fútbol de alto riesgo.

Se limpia una mancha de pasta en la barbilla con la toalla. Al final, el tipo acabó preguntándole por su nombre (¡su momento de protagonismo!). Ella le explicó que significaba «amargo» en hebreo, antes de volver a hundirse en la almohada recordando a su madre mientras le ponía las manos en los hombros y le decía que le encantaba, que se había empeñado en Manon por mucho que su padre objetase. Un nombre como el Marmite, que o te encanta o lo odias; a su madre le encantaba porque, según comentaba, estaba «bien asentado», con esas enes como estacas para tiendas de campaña clavadas en el suelo.

Se produjo un silencio, y supuso que él quería que le preguntase por su nombre, pero la verdad era que no podía, porque no estaba segura de cómo se llamaba. Podría haber dicho: «¿Y el tuyo qué?» para averiguarlo, pero a esas alturas ya parecía innecesario. Lo había olfateado y le había resultado insuficiente. Ahora solo pensaba en cómo sacarlo de su piso, cosa que consiguió diciendo: «Bueno, mañana hay que madrugar» y abriendo la puerta de su habitación.

Alisa la almohada y la parte del edredón donde ha estado el tipo, mete los pies bajo las sábanas y estira un brazo para encender la radio, cuya pegatina le recuerda que es «Propiedad de la Policía de Cambridgeshire». Un equipo engorroso. Se supone que nadie con la mera categoría de oficial puede tener uno en casa: no es un juguete. Es su forma de vencer al insomnio. Algunos se encomiendan a la predicción meteorológica marítima, pero Manon prefiere los murmullos tenues sobre accidentes de tráfico o altercados con borrachos en la puerta de la discoteca Level 2 de All Saints Passage, que puede ignorar tranquilamente porque están muy por debajo de los casos de la Unidad de Crímenes Graves.

«A todas las unidades, estamos en la A141 a la altura de Main Street. Coche a la fuga en dirección Ronda Norte».

Coche a la fuga. Alguien está quemando ruedas. «Hasta la vista, maderos». La voz empieza a alejarse a medida que los párpados de Manon pesan más y más, hasta que el sonido de la radio se funde en un murmullo pedregoso tras sus párpados. Los clics, los chasquidos, los zumbidos, los auriculares colgados y descolgados, las consultas a los agentes, los botones pulsados para recibir información: para Manon, es el sonido de la vigilancia, la respuesta inmediata al sufrimiento y las fechorías. Es la bondad humana en plena acción, protegiendo a los buenos de los malos. Y se duerme.